

# EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 2 Julio 1914.-Número 27.

SUCURSAL:  
RIVADAVIA, 698  
BUENOS AIRES

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## La suscripción Galdós

En Noviembre de 1911 publicó *El Liberal* un artículo, proponiendo que honrásemos y consolásemos á Pérez Galdós los españoles, sin preocupaciones de secta ni monopolios de partido. Copié íntegro el escrito y le puse este comentario:

«El artículo es hermoso y la idea del homenaje justa y grande. Por lo tanto, me adhiero á ella con toda el alma.

En lo que no creo, es en que debamos invitar á España entera á pagar esa deuda sagrada, sino únicamente á la España noble, honrada y culta. Sería empañar la gloria de Galdós el que figuraran en el homenaje los representantes de esa otra España siniestra, fanática, cruel...

Nada de sombras en el cuadro luminoso de un pueblo que se honra al rendir tributo de admiración á un hombre como Galdós; nada de dar pretexto á los que lo combaten y difaman, y lo hubiesen quemado ya si pudieran, para echárselas hipócritamente de civilizados y tolerantes; nada de confundirnos para una acción levantada con los eternos sembradores de odios que producen lágrimas, sangre, ruinas...

Además, que no necesitamos á nadie los amantes de las ideas redentoras para realizar ese acto grandioso, que deberíamos poner enfrente del Congreso Eucarístico, á fin de que Galdós pasase á la posteridad enaltecido, no sólo por su colosal obra literaria y patriótica, sino co-

mo símbolo de la Libertad por la que tanto ha luchado.

¿O es que nos creemos tan pocos y tan débiles que necesitamos aceptar la ayuda de nuestros constantes é irreconciliables enemigos para enaltecer al hombre de que nos orgullecemos?

Renunciemos entonces á realizar el homenaje á Galdós. Resultará más grande muriendo ciego en su apartado rincón, que viendo á los hijos de su espíritu mendigar á sus enemigos y detractores una limosna de admiración para él.»

Mi aserto se ha confirmado. Abierta la suscripción á favor de Galdós después de su ingreso en la Monarquía, ha supuesto la opinión que no se ha tratado de honrar al literato sino al político, y se ha retraído. De ahí que sea vergonzosa por lo mezquina la cantidad á que asciende, á pesar de haberla encabezado el rey, y de la propaganda que la prensa ha hecho, y de la presión gubernamental sobre los organismos oficiales.

Para reunir esa mísera cantidad, su antiguo partido, el republicano, se hubiera bastado. El óbolo de 25 céntimos ó de peseta, que no figura ni debe figurar en esa suscripción de aristócratas tacaños y millonarios avaros que apenas saben quién es el literato Galdós, hubiera, no sólo acrecido enormemente la suscripción, si no honrado á D. Benito, quitándole á lo recaudado el carácter que hoy tiene, de limosna dada por compromiso.

Los que deslizan frases contra España por el resultado de la suscripción, obrarían en justicia añadiendo: la España oficial. El pueblo, la masa, los que han leído las obras de Galdós, los que aplaudieron *Electra* y se entusiasmaron con *Doña Perfecta*, los que hubieran perfumado de cariño y admiración el homenaje, esos no han tomado parte en él. Por eso resulta tan pobre, tan desairado, tan frío...

Aplico á él lo que he dicho alguna vez de la caridad oficial: «Es una flor, pero de trapo. Le falta el perfume de la piedad.»

Lamento lo ocurrido, no como español, porque esta no ha sido obra nacional, sino oficial: lo lamento como admirador del genio.

Galdós tenía derecho á algo más que á recibir ese puñado de monedas reunidas tan trabajosamente, y

entregadas sin amor por los representantes de las ideas que en sus hermosos libros combatió.

Quisiera encontrarme en su puesto, para decir con la arrogancia del hombre superior á los que vinieran á traerme la limosna:

«Agradeciendo mucho la buena intención de los iniciadores del homenaje, cedo esa cantidad á los obispos que condenaron *Electra*.»

JOSÉ NAKENS

## CASA DEL PUEBLO

La noche del sábado fué inaugurada la del partido radical en la calle de Relatores, siendo nombrado presidente don Alvaro de Albornoz.

Lerroux pronunció un discurso que fué muy aplaudido, en el que dijo, al hablar de la unión de los republicanos:

«Que la muerte ha dejado sin jefes á la familia republicana, y que cuando ésta pide el partido único, debe tener razón, y nosotros debemos atender su demanda.

Yo estoy dispuesto á obedecer á la masa republicana. ¿Queréis unión? Unión. ¿Partido único? Partido único.

Pero con una sola condición: yo quiero que á la unión vayamos todos con el mismo espíritu de sacrificio; no siendo así, dejad que ondee la bandera del Partido Radical, siquiera por lo que tiene de revolucionario, de reto á la Monarquía.

Jefe ó soldado de filas, según lo que la masa republicana disponga, yo estaré allí para luchar por ella en la batalla republicana.

Dice después que él está dispuesto á ir á la unión sacrificándose del todo, y que si se le llama á una asamblea para discutir la unión, no irá, para no caer en la tentación de discutir, debilitando el espíritu de unión.»

Tomo nota de esas declaraciones, y deseo que esa *Casa del Pueblo*, deje de ser pronto la de un partido, para ser la de todo el republicanismo.

## Barcelona y Ferrer

### LO DEL INDULTO

Adolfo Marsillach publicó el día 23 en *El Liberal* esta crónica que constituye un cargo más contra el maurismo y la Defensa Social.

Dice así el notable escritor:

«La Cierva y Cambó tienen razón: Barcelona no solicitó el indulto de Francisco Ferrer Guardia. Pero inte-



resa desentrañar las causas de esta, al parecer, insensibilidad barcelonesa, tanto para el mejor conocimiento de la historia de los sucesos del año 1909, como para que no se nos pueda tachar de crueles ó despiadados á los hijos de la gran ciudad mediterránea, siempre y en todas ocasiones misericordiosa.

A las causas que vamos á exponer obedece el que nadie en Barcelona pidiera el indulto de Ferrer:

Primera. La personalidad del condenado.

Segunda. La situación anormal de Barcelona.

Tercera. La Solidaridad.

Cuarta. El Gobierno.

Francisco Ferrer Guardia no tenía simpatías en Barcelona. Antes se le odiaba que se le quería. Desde la bomba de Morral y el correspondiente proceso, flotaba alrededor del mediocre pedagogo una atmósfera adversa. Los mismos radicales no le estimaban y huían de él. Ferrer no contaba con otros afectos que los de algunos libertarios, no todos. Muchos veían con malos ojos sus trajes de moda y bien cortados, sus nítidas camisas y sus guantes impecables. Además, entre los anarquistas se hablaba desfavorablemente de Ferrer respecto á la procedencia de su fortuna, y se le censuraba sin piedad por su reconocida tacañería.

La clase media aborrecía á Ferrer por creerle un perturbador de la paz pública, sin la cual no se realizan buenos negocios. Pero los que tal creían no reparaban en que los culpables de la anarquía barcelonesa durante la década 1899-1909, eran los tenderos, los industriales, los abogados, los estudiantes, los suscriptores de *La Veu*, los socios de la Lliga, los catalanistas todos.

Yo ignoro si Ferrer se había propuesto hacer la revolución; creo que no entraba en sus propósitos, bien que no por falta de ganas, sino por falta de medios. Pero si se lo propuso, si la revolución germinaba en su mente, hay que reconocer que tenía un auxiliar poderoso en la clase media barcelonesa. Esta había socavado todos los puntales de la sociedad y hallábase en camino de convertir en ruinas todo el organismo social. Habíase negado á pagar las contribuciones; había proferido gritos contra la nación española; había hecho escarnio de la magistratura; hacía fracasar, por sistema, á los representantes del Gobierno; silbaba á la bandera y al Ejército y corría por las Ramblas á los ministros de la Corona. Ambiente más favorable para intentar una revolución no lo hubiera podido desear Ferrer, de entrar en sus cálculos tamaña empresa.

Sin embargo, la clase media barcelonesa, enemiga de la competente revolucionaria, como lo es de la

industrial, odiaba á Ferrer por... ¡perturbador del orden público! Cuestión de idealidades: la de Ferrer era la de una España libre con vistas al comunismo; la de los catalanistas, la creación del Estado catalán, con vistas á un condado medioeval, con muchos frailes, muchos Juegos florales y mucha «sardana». No pudiendo llegar á un acuerdo con Ferrer, deseaban, como todos los adversarios de la anarquía blanca barcelonesa, su total aniquilamiento.

De los poderosos por su fortuna y de los clericales, no hablemos. No es posible describir fácilmente el cordial odio que les inspiraba Ferrer. En él veían, exagerando hasta lo inverosímil su figura, al Anticristo de la religión y al futuro repartidor, entre los pobres, de los bienes terrenales de los ricos.

Unos y otros estaban dispuestos á perderle á la primera ocasión que se les ofreciera, y ésta fué la «semana trágica». Crespo Azorín podría decir las innumerables visitas que recibió de individuos del Comité de Defensa Social, grandes señores y obispos de levita, exigiendo la muerte de Ferrer, «culpable ó no». Diligencia y crueldad innecesarias, por cuanto el Gobierno ya les había tomado la delantera.

De esta animosidad universal contra Ferrer no era fácil que saliera una colectiva petición de indulto.

A mayor abundamiento—y vamos á analizar la segunda causa—, Barcelona vivía aterrada por las persecuciones de La Cierva. Las cárceles estaban llenas de republicanos y anarquistas. Se detenía y se encaraba por miserables delaciones. El escritor y sociólogo Valentí y Camps, entonces concejal del Ayuntamiento de Barcelona, estuvo seis meses en prisiones (—in que se le intruyera proceso), en venganza de haber levantado la voz en el Consistorio para protestar de la represión maurista. Casos como el de Valentí los hubo á docenas. Una palabra, una imprudencia, una miserable delación calumniosa costaba la libertad.

A Sol y Ortega, que no tomó parte alguna en el movimiento revolucionario, se intentó envolverle en un proceso para satisfacer el odio de los reaccionarios, que se habían aterrorizado del Gobierno civil y desde él daban persecuciones y encarcelamientos. Durante las primeras noches de la represión, algunos republicanos fueron sacados de sus casas y conducidos á la cárcel sólo por haber visitado, ó intentado visitar, á sus amigos prisioneros. En el vestíbulo de la cárcel firmaban en un papel con expresión del domicilio. Ese papel era enviado al Sr. Crespo Azorín, y á capricho se decretaban las detenciones. Los extrañamientos, si no fueron muchos, débese á

que las cárceles estaban llenas de republicanos, socialistas y anarquistas, y á que ha centenares habían pasado la frontera. En Girona ocurría lo propio que en Barcelona. En la cárcel de la inmortal ciudad llegó á haber cerca de 400 detenidos y 70 en la de la Bisbal.

En el ínterin funcionaban los Tribunales militares; llovían penas de muerte y condenas á perpetuidad, y en los glasis de Montjuich, uno tras otro, caían fusilados Baró, Malet, Hoyos y Ramón Clemente García, el irresponsable carbonero de la calle de Roig.

Este ambiente de terror no era el más favorable para solicitar el indulto de Ferrer, sobre el cual, por otra parte, convergían los odios de la reacción y del Gobierno.

Quedaban los diputados republicanos catalanes. Estos tenían el deber moral de pedir el indulto. No lo pidieron y faltaron á su deber. Del incumplimiento de esta obligación moral ineludible tuvo la culpa Solidaridad Catalana. Esta era obra de la Lliga Regionalista; ella dirigía aquel conglomerado de hombres y opiniones diversas, y era *La Veu*, órgano de la Lliga, el periódico que en pleno terror recomendaba la delación como norma de conducta ciudadana, y en unos artículos que publicaba diariamente con el título genérico de «Los fets vandàlics» (Los hechos vandálicos), excitaba á las autoridades á ser implacables con los revolucionarios y perseguidos por la justicia. Un acto de clemencia de parte de los diputados republicanos catalanes hubiera desagradado á los regionalistas, clericales y carlistas de Solidaridad; y por ahí se hubiera podido romper el heterogéneo núcleo á los tres años de su actuación en la política. Entonces todo se subordinaba al mantenimiento de Solidaridad, y como los republicanos eran solidarios, y además habíanse dejado dirigir y absorber por los regionalistas, nada hacían que pudiera ser visto con malos ojos por la Lliga, de la que eran humildes servidores.

¿La Lliga apoyaba el fusilamiento de Ferrer? Pues la inmediata era enmudecer, pasar por todo y colaborar con el silencio en la obra de destrucción y de iniquidades de Crespo Azorín, de la Lliga y del Gobierno.

Este, por su parte, hizo cuanto pudo para que en Barcelona no se levantara una voz de clemencia, no ya en favor de Ferrer solamente, sino para ninguno de los fusilados en aquella ocasión en Montjuich. Las sentencias no se hacían públicas y la Prensa estaba amordazada por la censura. Las ejecuciones se verificaban con tal misterio y sigilo, que de ellas no teníamos noticia hasta ho-



ras después de verificadas. Todo lo más sospechábamos de que tal ó cual desgraciado estaba en peligro de muerte. Amadeo Hurtado, Rodés y alguna otra personalidad fueron á pedir al gobernador el indulto de Baró, y en el Gobierno recibieron la noticia de que hacía veinticuatro horas que se le había fusilado. De Malet y Hoyos nada se supo hasta después de cumplida la sentencia.

Ferrer compareció ante el Tribunal el día 9 de Octubre. Los días siguientes hasta el 12, nada supimos de él. Para que se vea con qué refinamiento de crueldad el Gobierno imposibilitaba toda solicitud de clemencia, con qué sigilo se fusiló á Ferrer, basta decir que el día 12 (Ferrer fué ejecutado el día 13) las únicas noticias que publicaron los periódicos concernientes á Ferrer, vinieron de Madrid, y éstas no hacían esperar una tan rápida y trágica solución.

Copiaré lo que decía el *Diario de Barcelona*.

Este periódico, en su edición de la mañana del día 12, publicaba el siguiente telegrama de Madrid:

«El Sr. La Cierva ha manifestado que ignora la sentencia de Ferrer, así como si se ha recibido petición de indulto.»

En su edición de la tarde nada decía de Ferrer el *Diario de Barcelona*. El *Diluvio* tampoco. No hay más periódicos de la tarde.

Por la noche, la única noticia que publicaban de Ferrer los periódicos barceloneses era la de que el señor La Cierva nada sabía de la célebre causa.

Transcribiré el telegrama del *Diario de Barcelona*:

«Madrid 12.—El Sr. Lacierva negó nuevamente haber recibido ninguna petición de indulto, y añadió que espera recibir en breve la causa de Ferrer.»

Esto se publicaba, estas noticias llegaban de Madrid cuando ya Ferrer se hallaba en capilla.

Barcelona se enteró de la sentencia de Ferrer cuando ya estaba fusilado.

Reconozcamos ahora que todo se concitó contra Ferrer, para que de Barcelona no partieran peticiones de indulto. Además, nadie se forjaba ilusiones. Se daba por descontado que le matarían con y sin peticiones de indulto.

Días antes, D. Francisco Layret, alcalde accidental de Barcelona, había estado en el Gobierno civil á pedir el indulto de Clemente García. Solicitaronlo también algunos diputados, entre ellos el Sr. Cambó, otras personas de valía y los vecinos de la calle de Roig. Sin embargo, Clemente fué fusilado, y la ejecución del pobre carbonero, que fué al patíbulo llorando, arrastrándose por

el suelo y pidiendo entre invocaciones á su madre que no le mataran, anunció la muerte de Ferrer.

Terminemos. Si éste fué al cadalso sin que Barcelona solicitara el indulto, no se debe achacar á falta de clemencia de los barceloneses, sino á las causas enumeradas.»

## GRAN TORPEZA

En un periódico maurista salió hace días este suelto con honores de reclamo:

### LOS DEL «MAURA, NO!»

«Los diputados á Cortes Srs. Miró y Cambó han dicho que los diputados republicanos no pidieron el indulto de Clemente García por no verse obligados á pedir el de Ferrer. Así se acordó en una reunión. En Barcelona algunos diputados republicanos se reunieron para tratar este asunto, y hubo uno de ellos que se ofreció voluntario para fusilar á Ferrer.

Sin embargo, toda la responsabilidad se ha echado después sobre Maura, que fué el único que en Consejo de ministros votó el indulto.»

Convendría poner perfectamente en claro si es cierto lo del *fusilador voluntario*, para arrajarle del partido republicano, por no tener entre nosotros un hombre más indigno y más miserable que los causantes de la muerte de Ferrer.

Respecto á lo de que Maura fué el único que en Consejo de ministros votó el indulto, también convendría esclarecerlo; no para absolverle, sino para condenarle con más dureza que hasta aquí.

Si votó por el indulto, sería porque su conciencia de católico y su criterio de justicia se lo dictarian; y siendo así ¿por qué no presentó la dimisión, antes que consentir una muerte que consideraba injusta? ¿Debe un hombre de su sentido ético someterse á la ley de las mayorías en resoluciones tan graves y de consecuencias tan irreparables?

Los que han lanzado esa noticia con la intención que es de suponer, reventar á los individuos del actual gobierno que formaban parte del gabinete de 1909, han prestado un flaco servicio á Maura, pues han confirmado lo que ya sabíamos: que no es el hombre que tratan de pintarnos, incapaz de transigir con la injusticia ni de abdicar de su juicio por conveniencias de ninguna clase.

Esto aparte, todos sabemos que si él hubiera querido que se indultara á Ferrer, el indulto se habría concedido, sin que ningún ministro dimitiese.

Mas aun suponiendo que todos se hubieran ido, y él no formase otro ministerio, ¿qué mayor gloria para Maura que haber caído por aquella causa? Vería hoy su nombre tan aca-

tado y enaltecido, como discutido y vilipendiado lo ve.

Torpeza, torpeza grande ha sido dar en estos momentos esa noticia.

## Duda aclarada

Liquidemos de una vez este asunto: el de quiénes fueron los diputados republicanos á que se aludió en el Congreso como condenadores de la *Semana Trágica*.

No es justo que se culpe á los que no cometieron esa ligereza, inspirada acaso por el miedo; circunstancia atenuante hasta en los delitos comunes, cuando es *insuperable*.

En un artículo titulado *¡Maura, no! ¡Salvatella, tampoco!* dice entre otras cosas el semanario *Los Miserables*, de Barcelona, dirigiéndose á los que protestaron de que censurase á Salvatella por las frases de alabanza que dedicó á Maura en el discurso del Congreso:

«¿Hay, ó no hay derecho á censurar el discurso del señor Salvatella? Nosotros creemos que sí.

Además, señores que es ha disgustado nuestra forma de señalar... ¿No conocéis un manifiesto, que con la firma de don Joaquín Salvatella, entre otras, apareció en la prensa diaria de Barcelona, el día ocho de Agosto de 1909, es decir, mucho antes de ser fusilado Francisco Ferrer? ¿No? Pues continuad leyendo.

### UNA DECLARACION

Reunidos los diputados de la «Izquierda Catalana», que se hallan en Barcelona, para cambiar impresiones sobre el estado actual de la opinión, han acordado hacer pública la siguiente nota:

(Entresacamos de la misma, los siguientes párrafos:)

«Después de los gravísimos sucesos ocurridos la semana pasada en Barcelona, y en otras partes de Cataluña, entendemos, que ninguna representación genuinamente catalana, tenía necesidad de hacer pública su protesta. El pillaje, el incendio, la profanación de cadáveres, y otros actos de vandalismo, ocurridos en aquellos días, no pueden ser considerados por nadie, como manera de expresar su voluntad la democracia catalana...»

«Reservándonos todo juicio respecto á las causas que motivaron la excitación popular, que sirvió de pretexto á las turbas violentas de la semana sangrienta, condenamos, en nombre de nuestros representados, la perpetración de los crímenes cometidos...»

Señores disgustados... creemos haber cumplido con nuestro deber censurado al señor Salvatella, pues necesario es tener en cuenta que, la declaración suscrita por los diputados de la izquierda solidaria señores Salvatella, Carner, Hurtado, Moles, Calvet, Rodés, Cruels, etc., etc., fué la primera petición fiscal que se manifestó contra los revolucionarios, contra los republicanos que derramaron su sangre al pie de las barricadas, gritando con toda su alma: ¡Ah! ¡jo la guerra!

¿Quien llamó ¡asesinos! ¡ladrones! ¡profanadores de cadáveres! á los revolucionarios catalanes, y después, no satisfecho, elogio al tirano, al repugnante Maura, me-



rece nuestro más profundo desprecio. Nuestra rebeldía es santa, y nuestras acusaciones lógicas, muy lógicas...» señores protestantes. FERNANDO PINTADO».

Con que ya saben los republicanos quiénes fueron los diputados que protestaron, y en la forma que lo hicieron. Júzguelos cada cual como quiera, teniendo en cuenta la atenuante que he dicho.

## San Ignacio discutido en Roma

Los Jesuitas tienen en Roma como órgano máximo una Revista intitulada *Civiltà Cattolica*, que lo mismo sirve para el fregado que para el barrido de la secta: lo mismo ejerce las funciones de pregón de sentencias, que de Gaceta de noticias, que de Pasquín de injurias.

Su crédito fué antiguamente mucho, cuando era el único gallo del gallinero. Ella fabricaba reputaciones, y ora hacía de un hereje un santo padre, ora á un santo padre le colgaba el sambenito de hereje, sin tener más cuenta que las cuentas de la Compañía, que, como es sabido, son siempre cuentas muy galanas.

Por escribirse en italiano, único idioma que suelen conocer los papas y criados del Vaticano, ejerció la Revista aquella una especie de monopolio del Espíritu Santo, inspirador de la Santa Sede, que juzgaba el mundo por lo que aparecía en la Revista, pintado por los pintores de la Sociedad esparcidos por la tierra, con gesto de inocentes campeones del Papado.

Cambiaron los tiempos: y estos trajeron á Roma otras Revistas que informan á las gentes vaticanas de lo que los jesuitas callan, rebajan á su razón y peso las cuentas de los Padres y estropean el negocio del órgano máximo de la Compañía. Lo cual encocora á los Padrecitos de la gloria de Dios, mientras ellos sean los primeros ministros de Dios y los administradores de su gloria: pero al negarles tales funciones, los Padrecitos, tan humildes, tan mansos, tan corderillos, tan bonachones, y tan mosca-muertas, se truecan de repente en feroces avisvas, en enérgimenos, en geniatudos rabiosillos y en hombres insoportables.

Pues ahora es el caso que, á consecuencia de lo que la Compañía ha hecho y deshecho, los vientos hasta ayer propicios, se les han vuelto contra la proa, y aun por babor y estribor azotan la poderosa nave, y en el propio Vaticano se anuncia la fronda y aun dentro de la misma Compañía se agita la tormenta.

Los jesuitas más talentados y se-

rios huyen del Instituto y se vuelven contra él; y en Alemania como en Francia, como en todas partes les ocurre algo de lo que acaece en España, á saber: que los Mir y los Cejador abandonan la secta, por no creerla digna de personas serias y de hombres de probidad.

Pues bien: en esta fronda contra la Compañía, los españoles llevamos no escasa parte, habiéndonos tocado á Mir y á mí la providencial misión de quitar la máscara que la Historia había puesto á los fundadores del Instituto, de cuyo crédito viven los sucedáneos.

Y abreviando el relato y viniendo al caso, este ha sido el siguiente.

Divulgué en sustancia algo de los descubrimientos hechos en la Vida de Ignacio.

Los jesuitas, sabiendo muy bien que en España son poquísimas las gentes capaces de comprender la trascendencia que estas novedades tienen en la moralidad de la Compañía, y la relación íntima entre la moralidad y el poderío, después de fracasados intentos para ahogar la campaña, adoptaron el silencio para evitar que el soplete de la discusión avivase las ascuas, si de fuego se trataba, ó si se trataba de cosas hedientes, para seguir el consejo del sabio: «peor es meneallo.»

Puesto que en España poca gente haría caso de estas novedades, decíanse los jesuitas:

«Como quiera que de España, las otras naciones no aceptan más importaciones que algún torero ó alguna bolera, ahí nos las den todas. La campaña quedará confinada en la nación católica, y dentro de ella, reducida á «cuatro gatos». Y mientras en las otras naciones podamos nosotros tener el Ignacio de nuestras fábulas, nos importan un comino los descubrimientos.»

También ahí les cogió la fronda.

La noticia de estos descubrimientos ha saltado la frontera, y ha entrado en el mismo coto redondo de la *Civiltà*, ó sea en Roma.

Fué la elegante y preciosa revista *Bilychnis* la que, sobre la firma del agudo y concienzudo crítico Dr. Ernesto Rutili, presentó á la intelectualidad romana, esta pregunta: ¿Quién fué Ignacio de Loyola? y á continuación propuso los dichos de los jesuitas, y los contradichos de nuestros documentos.

Claro está que la pregunta interesaba al Papa, á su camarlengo, á sus camareros y á toda la prelación vaticana, que á cada momento tropiezan con los «hijos de San Ignacio» que se dicen perfectos continuadores suyos. Y pues afirman ser tales, conocido el padre, queda conocido el hijo. y va se ve, cuánto interesa á

los prelados aquellos, á los frailes ivales, á los embajadores y agentes extranjeros, saber quién es el jesuita.

Como una bomba estalló la pregunta en el cotarro clerical.

Quien más quien menos, de un modo ó de otro, con palabras de los labios ó con el guiño de ojos, decía á los Padres jesuitas:

—Con que: ¿esas tenemos? ¿conque: ¿Ignacio no fué lo que vosotros decís?... ¿Y vosotros os decís imitadores suyos?... ¡Vaya... Vaya... Vaya...!

Y era natural que el más descreído, se dijese al tratar con el jesuita:

—Si será verdad... Si este me saldrá otro Ignacio...

¡Y esto en Roma: en el cogollo de la Iglesia'...

Como se ve, esto ha contrariado á la Compañía, y aquellas cuentas galanas de que la campaña aquí quedaba entre incrédulos y botarates.

Y la Compañía, de Jesús, en su terrible y olímpico enojo, ha disparado sus cañones-columnas de la formidable *Civiltà*... ¿contra los documentos?

No.

¿Contra mis comentarios ó divulgaciones?

Tampoco.

El cañonazo ha sido disparado contra el Doctor Rutili, y contra la simpática revista *Bilychnis*, por haber llevado la bomba á Roma, que es lo que querían evitar.

El ataque ha sido feroz. El jesuita autor de la diatriba, ha debido sentirse en aquel lance del asalto de los franceses al castillo de Pamplona, donde Ignacio es presentado como león bravío sembrando con tajos y mandobles la muerte y el estrago á su derredor.

Y aún ha debido sentirse tanto más bravo cuanto que los redactores de la *Civiltà*, acurrucados en sus escondrijos, ni dan la cara, ni temen que una granada del enemigo les deje perniquebrados á perpetuidad.

La réplica á tal fazaña jesuítica, hala dado viva y pertinente en la revista injuriada, Antonio Vaccari, por lo que hace á la redacción y á la persona del Dr. Rutili. Y por lo que hace á mis trabajos, acomete á los jesuitas de la *Civiltà* y les provoca y reta con este cartel:

—Y de los nuevos descubrimientos, ¿qué decís? Pues de esto se trata únicamente, y esto es lo que la ciencia histórica exige, y esto es lo que la seriedad impone; no, ciertamente, los insultos, ni las injurias, ni los aspavientos...

De lo de mis trabajos, aquí estoy yo para responder.

La *Civiltà*, tan pobre de genio como los jesuitas españoles, invoca contra mis descubrimientos una re-



zón de pie de banco, alegada por Ruiz Amado en su libro *El P. Mir y la Compañía de Jesús*. Este pie es la peana de Santo de Ignacio.

Unos y otros vienen á decir:

—Lo que de él se dice es inadmisibile, es absurdo; es imposible en un santo canonizado. Los mismos protestantes se avergonzarían de hablar tan irrespetuosamente del fundador de la Compañía.

Pues bien: vamos de cabeza al argumento.

Acepto desde luego, si los jesuitas se empeñan, la incompatibilidad absoluta y el absurdo absoluto, entre los hechos descubiertos en Ignacio y la santidad canónica. Más pródigo no puedo ser.

Pero ¿qué se saca de esta incompatibilidad? Los mismos términos del absurdo lo definen claramente: ó lo uno, ó lo otro. Y por tanto los jesuitas, en este modo de hablar, fijan ya el dilema:

—Si es ciertamente santo, lo que se dice de él es falso. Si lo que se dice de él es cierto, es falsa la santidad.

Tal es el dilema sintético contra dictorio.

Para su resolución científica y crítica, ¿qué camino debe adoptarse?

Tenemos á la vista las dos hipótesis «si es santo» «si es cierto lo que se descubre». ¿Cuál de las dos hipótesis, debe preceder en el examen?

La lógica lo señala imperativamente. «Lo que se dice» pertenece á época anterior á la declaración de santidad. «Si los hechos son ciertos, el juicio de santidad es falso y equivocado.» «La Historia es el fundamento de la canonización y no viceversa.»

Tal es la naturaleza del discurso y de las cosas.

Para la crítica racionalista, el asunto puede abocar, lo más, á dejar probado un nuevo chanchullo para sumar á los innumerables de la curia romana.

Para el mundo clerical, la cuestión varía; puede suscitar un grave conflicto á la conciencia del pueblo fiel, que tiene derecho á exigir de la curia pontificia el cumplimiento honrado de las leyes que ella misma se ha impuesto y á no hacer en unos cánones escarnio de otros, burlándose de sí misma.

Porque si ley canónica es aceptar la canonización como sentencia definitiva de un tribunal jurídico, otros cánones superiores fijan las leyes que en tal juicio ha de seguir el Papado, y fuera de los cuales la sentencia no es acto jurisdiccional de autoridad que obligue á los súbditos, sino delito de prevaricación que nadie puede acatar sin hacerse cómplice del delito.

La primera de estas leyes es que la canonización no constituye la santidad, sino que es un *juicio* acerca de ella. La santidad está en el sujeto: el juicio está fuera de él y es de los otros.

La segunda ley es que el juicio de santidad de un sujeto, debe fundarse en hechos probados de virtud heroica, y en la prueba moral plena de no existir actos contrarios que menoscaben la integralidad del santo, según el principio: *bonum ex integra causa; malum ex quocumque defectu*.

Pero estos hechos ó actos del santo, no son hechos de la Iglesia ni del Pontífice, sino del sujeto. Su descubrimiento y análisis pertenecen de lleno á las ciencias Histórica y Crítica, á las cuales la Iglesia acude en demanda de reglas para acertar en sus juicios particulares, y deducir, de la suma y ponderación total de ellos, el resultado final del proceso: *es santo ó no es santo*.

En mis investigaciones no he tratado del juicio de santidad: ni es mi oficio, ni me importa la sanción que la Iglesia dé á los hechos, pues no escribo para los fieles, sino para la ciencia Histórica, y para la Estética. Allí se las haya la Iglesia con este cometido.

Heme limitado á los hechos individuales de rigurosa pertenencia de la ciencia pública: sobre ellos he ejercido y ejerceré mi derecho de investigador y de crítico.

Acerca de ellos, mi deber es definir, honrada y concienzudamente, según las leyes de la investigación, la verdad material de los hechos, y puntualizar, con recto criterio su valor moral.

¿Son ciertos los hechos que he presentado al público? La Iglesia en esta cuestión nada tiene que hacer, sino oír, con la cabeza descubierta, el dictamen de la Historia y de la Antropología.

¿El absurdo está en la Historia ó en la canonización?

Esta es la cuestión por ventilar.

Al intento de convertir la Historia crítica en un hecho eclesiástico terminado definitivamente por la canonización, replicaremos con el derecho de convertir la canonización en un hecho de Historia y de Crítica.

A las fiestas de canonización de Ignacio, celebradas en 1630 por sentencia laudatoria del Pontífice, dictada en nombre del Espíritu Santo, opondremos el relato del auto de fe de Granada de 23 de Julio de 1530, por sentencia dictada en nombre de Cristo, por la Suprema Inquisición Española, con pleno poder del Papa y del Emperador.

¿Es absurdo trocar la corona la coraza, en Imagen gloriosa la estatua ridícula, en perfumadas nubes

de incienso las sulfureas llamas, en adoración la execración?...

Allá se las haya el Pontificado que sancionó ambas sentencias.

¿Es absurdo que el quemado como presunto heresiarca fugitivo, sea llamado luego doctor y santo-padre.

No es cuenta de la Historia cohonestar el absurdo, sino fijar y probar sus términos.

Quizás sea más absurdo el conato de los jesuitas de apelar á la bula del papa del siglo XVII para replicar á los documentos históricos del siglo XVI.

Quizás sea más absurdo para los que hacen voto de amor al papado el hacer al Papa responsable de la vida de Ignacio que la Compañía ocultó.

Y por lo pronto es absurda la pretensión de la *Civiltà* de poner término á una discusión histórica, con insultos y agravios al censor de los libros que la debaten. Esto es absurdo... ¡Aunque es muy jesuita!

S. PEY ORDEIX

## Un accionista de Riotinto

Mr. R. B. Cunninghame Graham, hombre cultísimo, gran hispanófilo, exdiputado del Parlamento inglés, y constante defensor de todas las causas justas, ha publicado el 17 de Junio en el *Daily News and Leader*, la siguiente carta:

«Sr. Director del *Daily News and Leader*.

Muy señor mío: Escribo como accionista de las minas de Riotinto, con objeto de llamar la atención pública de este país (Inglaterra) sobre lo que está pasando en aquella región.

Ha habido allí frecuentes huelgas contra los salarios bajos y las jornadas largas. El Gobierno español ha recomendado unas veces, y ordenado otras, que se lleven á cabo ciertas reformas. Y se dice que no se ha hecho caso de las decisiones del Gobierno. Los directores locales han pedido tropas y tengo entendido que les han sido enviadas á aquella región, aunque hasta ahora no se ha hecho uso de ellas. Casi todos los Gobiernos conocen esta forma de intimidación; aún el nuestro no tuvo reparos en recurrir á ella cuando la huelga ferroviaria. Esto es, la tropa ocupó algunas estaciones de Londres y también fué enviada á otros importantes Centros ferroviarios del país.

Naturalmente, el argumento de ambos Gobiernos sería que la necesidad de proteger á los ciudadanos pacíficos, no mezclados en la huelga, exigía la presencia de esas tropas. Puede ser que así sea; pero la presencia del Ejército durante las



disputas industriales obra siempre como factor intimidante sobre los huelguistas.

Casi todas las acciones de Riotinto están distribuidas en este país, y todos los que las poseen (yo incluido) son responsables de las condiciones de trabajo allí existente. Actualmente hay allí una huelga, ó está á punto de estallar, y se han hecho amenazas de violencia y «sabotaje». Si estalla, no hay duda que recibirán órdenes de ir á las minas las tropas que ahora hay en la provincia de Huelva.

Por consiguiente, propongo yo á todos los que en este país poseen acciones de Riotinto, que ejerzan la más enérgica presión sobre los directores de la Compañía para otorgar á los obreros las peticiones de jornadas más cortas y mejores jornales. Puede haber, claro es, accionistas pobres que han invertido en esas minas todo lo que tienen; pero también hay quienes no se arruinarían por sacrificar los dividendos de un año. Propongo, pues, además, que aquellos que podemos remitamos á la caja de los huelguistas los dividendos de un año y que todos nosotros descarguemos nuestra responsabilidad, ejerciendo la mayor presión posible sobre la Compañía, la cual, si son ciertos los informes que llegan de Riotinto, nos está llenando de oprobio.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM

Todos los actos nobles y grandes repercuten en mi espíritu. Por esto copio admirado esa carta, para que los lectores de EL MOTIN la saboreen, á la vez que me enorgullezco de contar por amigo á un hombre de la altura moral de Cunninghame Graham, á quien ruego que me avise cuando venga á Madrid, para tener el gusto y el honor de estrecharle la mano con más efusión que nunca.

## Una chiquillada de Maura

El Sr. Maura ni se arrepiente ni se enmienda. Es incapaz de corregirse. Con todos sus buenos propósitos y rectas intenciones, con todas esas cualidades excepcionales que le suponen sus panegiristas, siempre será lo que fué: una perturbación y un peligro.

Siendo ministro de Ultramar tuvo aciertos que estropeó con el empeño de favorecer al conde de la Mortera creándole un partido que aquel buen señor, el enemigo del ferrocarril central de Cuba, era incapaz de dirigir.

Ministro de la Gobernación con Silvela, derrama sangre, comete barbaridades tremendas en la represión de tumultos, de algaradas insignifi-

cantes en nada comparables á las huelgas de Vizcaya, de los ferroviarios, de los tejedores, de Riotinto y la Marina mercante que los señores Merino, Canalejas, Villanueva, Barroso, Alba, Dato y Sánchez Guerra, sin ser superhombres, han sabido resolver sin llenarse de sangre las manos y de confusión la conciencia.

Maura vino al poder en 1907 con general aplauso. Pronto concitó contra sí los odios de España, con la intontona del terrorismo, con la provocación á Sol y Ortega, con la clausura de las Cortes para llevarnos por sorpresa á la operación de policía, con el llamamiento de los reservistas y con negarse á indultar á Ramón Clemente García.

Ahora logra en el Congreso con su discurso sobre Marruecos recobrar una parte de la opinión. Los jóvenes, su hijo don Gabriel, ven claro que ahí está su fuerza. D. Antonio, olímpico y embriagado con el incienso como un dios, deja que á lo patriótico se anteponga lo personal, el estúpido ¡Maura, si! Prefiere ser un tarugo, un emblema, á servir á lo patriota á su patria.

Y un hombre que no tiene una palabra de protesta contra el empalagoso endiosamiento no ya indigno, impúdico; un hombre que tolera «tro emblema», el del *mamporro*, tipo representativo del maurismo, suelta á los valencianos este par de coces, permitiéndose añadir la alevosía como agravante á un delito que no conoce bien. ¿Haría más tonterías, cometería mayores ligerezas un Mamporro cualquiera?

He aquí la provocativa, injuriosa carta de Maura:

«22 Junio 1914

Excmo. Sr. Barón de Vallvert.

Mi distinguido amigo: Confirmando á usted el telegrama que esta mañana le dirigí condoliéndome de la agresión alevosa de que han sido víctimas nuestros jóvenes amigos. Mucho agradeceré á usted me dé noticias de su estado que me produce el interés más vivo. Ante la nueva página que la barbarie revolucionaria escribe en esa cultísima ciudad, es seguro que los amantes de la ciudadanía se unirán para execrar á los agresores y enaltecer á los que generosamente pugnan por hacer efectiva la democracia conservadora.

Sabe es su afectísimo s. s. q. b. l. m..

A. MAURA.»

Ya que al Sr. Maura le molestan los dictérios, debiera ser parco en calificativos. La que llama barbarie revolucionaria y que no ha escrito página como aquella de la peregrinación que Maura atenuó y disculpó en gracia á ser gobernador de Valencia un su cuñado, no ha sido sino correctivo impuesto á crímenes impunes cometidos por el «reque-

té», género de barbarie que en vez de condenar utiliza y explota el señor Maura.

¿Pero cómo se atreve ese señor á hablar de barbarie y á condenar la violencia si fué un hijo suyo, el señor don Antonio Maura y Gamazo, el que inauguró la serie, cometiendo con alevosía un delito sin justificación ni disculpa, pues el Sr. Soriano había rectificado noblemente, con una nobleza superior á la que merece el maurismo?

El Sr. Maura, ¿ha condenado eso? El Sr. Maura, ¿ha dado al agredido disculpa alguna? No; el Sr. Maura se calla, demuestra que no sabe educar en su casa y se mete á insultar á los valencianos.

¿Puede ponerse en un hombre así el poder público sin imprudencia temeraria manifiesta?

El País

## La apoteosis de Ferrer

Las «derechas» españolas están agitando vivamente para inducir á todos sus sectarios á poner en determinado día una tarjeta al alcalde de Bruselas pidiendo la demolición del monumento á la memoria de Francisco Ferrer Guardia.

No sé la acogida que el alcalde de Bruselas dará á estas pretensiones de intervencionismo clerical: si se negará á aceptar las tarjetas injuriosas para aquel Ayuntamiento, con devolución á su procedencia, ó si recogerá los vagones de papel para enviarlos á alguna fábrica y confeccionar muñequitos de cartón que recuerden el monumento, ó si las meterá en arcas y las depositará como ofrenda á la estatua del «refusilado».

Lo que tengo por seguro es que los extranjeros van á formar juicio pésimo de la cultura de nuestras derechas, y que van á ganar para el pueblo español una cierta nota de *chacales* cuyos instintos de destruidores de cadáveres se indican en este ataque de furor iconoclasta.

Para contrapesar esta ridícula empresa sacro-política-inquisitorial, algunos elementos de las izquierdas proponen organizar una romería á la Meca librepensadora, para proclamar á Ferrer el Mahoma moderno de la libertad. La idea es excelente, pero la significación y el coste son muy grandes, para enviar un liberal español detrás de cada tarjeta de clerical.

¿No podría reformarse el programa de esta payasada político-jesuitica?

Los clericales, por su parte, debieran á mi entender excitar el celo sagrado de las Ordenes militares, reorganizar sus compañías, obligar á que cada caballero y comendador



presentara las lanzas de reglamento, y echaran al aire sus alféreos los sagrados pendones, no desconocidos de aquellos países, y reconstituyendo nuestros gloriosos tercios emprendieran de nuevo la Cruzada de reconquista de los Países Bajos.

Al frente de ellos podría ir la *Compañía de San Ignacio*, con los uniformes y pendones que llevó allá aquella famosa é invicta compañía del capitán Gozaya, la misma de que había sido capitán legionario el herido de Pamplona y cuya comandancia podría tomar Ugarte.

¡Qué expedición más hermosa!

Allá, nuestros caballeros cruzados: allá nuestros raquetés, allá nuestros corchetes del Santo Oficio: allá los barcos de Comillas y de Ibarra, artillados como nueva «Invencible», allá, en fin, nuestro bravo clericalismo en fila cerrada, yendo por sí mismos á demoler el monumento.

Esto sería caballeresco, donoso, hermoso y consecuente con los juramentos de vencer ó morir.

Y si esto acordaran los clericales, entonces sería ocasión oportuna de salir detrás de ellos nuestros escuadrones de jóvenes bárbaros para cortar la retirada al impenetrable ejército de la fe y del negocio, y decirles:

El cielo es vuestra patria, hijitos... ¡Al cielo, al cielo!...

R. MAYOL

Los médicos de la beneficencia visitan gratis á los pobres porque el Municipio les paga.

Los catedráticos enseñan gratis en las universidades é institutos por que reciben un sueldo del gobierno.

¿Por qué los curas, que también cobran del Estado, han de llevar dinero por bautizos, casamientos, entierros y demás faenas místicas?

Que me conteste el teólogo más sofisticado.

## Prospecto utilizable

Los clericales reparten por las calles prospectitos en un papel que está diciendo por lo delgado y suave: *jembadúrnenme!*

Que es propio para esa operación, pruébalo el que 10.000 ejemplares, con composición y tirada, les cuesta solamente seis pesetas cincuenta céntimos; y como el precio del papel corriente se gradúa por el peso, calcúlese si el de los prospectos esos será delgado. El higiénico que proporcionan en los kioscos de Necesidad sale más caro.

Los prospectos tienen otra ventaja: la de proporcionar lectura regocijada por lo estúpida, durante la operación evacuatoria. Dice así:

## APOSTOLADO EN LA FAMILIA

«El buen cristiano debe ser apóstol del bien en su familia ante todo; porque á nadie debe amar más que á su propia familia.»

El que de veras ama á su familia, debe impedir que ésta se envenene, no sólo corporal, sino espiritualmente. Nada envenena tanto el alma como las malas lecturas.

Son malas lecturas las que ofenden á la moral y aquellas en que se impugna á la Iglesia Católica, la enseñanza de la Religión, las Ordenes religiosas, etc., etc.

Para cumplir como BUEN CRISTIANO, yo, me comprometo á no cooperar con mi dinero al sostenimiento de la mala prensa, ya por suscripciones, ya por anuncios de negocios ó esquelas mortuorias.

Asimismo, me comprometo á procurar en cuanto pueda que las personas de mi familia, amistad y vecindad no se suscriban á malos periódicos ni los compren, ni los lean, ni favorezcan en modo alguno á la mala prensa: como por ejemplo: *El Liberal, Imbarcial, Herald, País, España Nueva, Radical, Morín, Socialista*, etc., etc.

Como se ve, la cosa tiene gracia. Me ha hecho recordar estos versos, que también la tienen, del poema *La Mierdópolis*, al describir el acto simpático para el que lo ejecuta y desagradable para el que lo ve ó lo huele:

Limpio el vientre á su anchura  
coge un papel ó un trapo,  
inclina la cabeza,

y volviendo con gracia atrás la  
limpia bien etc. etc. [mano,

Con que ya saben mis lectores  
para qué sirve el prospecto.

Utilícenlo con fe y devoción, dando mentalmente las gracias á los respetables bacines que lo han confeccionado, no sólo por el interés que demuestran en limpiar de cul... pas las conciencias, sino también de residuos fecales, los cu...

alquiera termina la palabra sin exponerse á que lo llamen clerical, es decir, puerco.

Transformar el sentimiento de la caridad en interés propio, tal es la obra á que se dedican hoy con sin igual constancia los clericales.

Por eso no hay infamias mayores que las que se perpetran en nombre, ó á la sombra de la caridad.

## Remitido

Sr. D. José Nakens

Distinguido correligionario y antiguo compañero: He leído en el último número de EL MOTÍN un remitido en el que se me alude, y por cuya publicación doy gracias.

Cierto, muy cierto, aunque empequeñecido, todo lo que allí se dice del cura y del secretario de Santa Perpetua de Moguda. Si las columnas de EL MOTÍN no necesitaran ocu-

parse de otros asuntos de mayor interés general, ya me encargaría yo, el más humilde de los periodistas y el más modesto de los profesores laicos, de sacar á luz el sinnúmero de actos inmorales y punibles que dicho par de imbéciles han cometido.

Pero hay otro punto en el citado remitido que conviene rectificar, en parte, á fin de que á cada uno se le dé lo que le corresponda.

Exacto que las entidades de Sabadell no se han ocupado, absolutamente para nada, al menos que yo sepa, hasta el momento que trazo las presentes líneas. De dicha ciudad, sólo he tenido, hasta ahora, varias visitas particulares del luchador obrero Bruno Lladó, á quien no le agradeceré jamás bastante los desinteresados trabajos que ha realizado á favor de mi libertad provisional. Lo mismo digo de muchos amigos de Santa Perpetua de Moguda, Sardañola, Ripollet y Barcelona.

En cuanto á los correligionarios de Tarrasa, me complazco en hacer público que del Centro Radical recibo todos los días muy afectuosas visitas, acompañadas de dinero y otros obsequios, así como me consta las gestiones que realizan á mi favor, cerca de su jefe político el Sr. Lerroux, además de que están continuamente á mi disposición para servir á la Libertad y á la República en la infinitesimal parte que, desgraciadamente en estos momentos, representa este insignificante propagandista.

Sirva esto de muestra de agradecimiento á unos y de desprecio á los enemigos.

F. MOLINER SALCEDO

Cárcel de Tarrasa 20 6 14

## El P. Miguel Mir

y

### SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas

UN peseta.

## ALMANAQUE cómic DEL CARLISMO para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

## Poesías festivas anticlericales

PRECIO: UNA PESETA

LA RELIGION

[AL ALCANCE DE TODOS

Una peseta



# EL MOTIN



—Me gusta veros comer tan sóbriamente, hijos míos. Hay que castigar la carne pecadora.  
—Gracias, señor, por su buen consejo; pero escuche lo que le dice su ama: que vaya corriendo porque si no se le va á enfriar el pollo, el cochinillo y la liebre del almuerzo.



## Enemigos pasados

### I

—Me deja usted fría.  
—Pues, hija, como se lo cuento.  
—¡Parece imposible! Vamos, veo que no se puede una fiar de nadie. Y parecía una chica tan inocente, tan modosa... Mire usted, doña Micaela, no hay que darle vueltas: si quiere usted una chica fiel, honrada, trabajadora y buena, no tiene usted más remedio que acudir a las Hermanas del Servicio Intimo, que proporcionan unas chicas que no hay más que pedir... Yo esto lo sé de oídas, porque en casa ya sabe usted que mi cuñada es la que hace todo; pero lo he oído decir a mucha gente... Y usted que tiene pollitos en casa, que ya son unos hombres... No, por Dios, no se fíe usted de esas lagartonas, que un día la podrían traer un conflicto... ¿Quiere usted que yo vea a las Hermanas? Yo sé bien lo que usted necesita...

—Sí, sí, véalas usted, porque yo ya estoy aburrida de lidiar con estas mujeres... Quizás el tener que servir sea una desgracia, pero la señora que las tiene que soportar, ya lleva su cruz... Procure usted que mi marido no se entere... ¡Como tiene esas ideas!

—Descuide usted, ya sabe usted que yo sé hacer bien las cosas...

### II

—Pero, oye, ¿de dónde has sacado a esta criada?

—Pues me la envió la carnicera.

—No sé, la encuentro un no sé qué me repele... Siempre anda de puntillas, con aire de misterio, parece una espía. Ayer me la encontré revolviendo en los papeles de mi mesa de despacho...

—Son manías tuyas... Estaría limpiando la mesa...

—Esta mañana andaba en camisa por el pasillo... Cerca del cuarto de Manolito...

—¡Ave María! Habría ido al retrete. Siempre piensas lo peor... Lo que es que como esta chica es modosa, humilde y sencilla, a ti no te gusta... Tú quisieras que fuera como la Ramona, aquella vaca sin cencerro que te tiraba de los bigotes y te entraba el agua caliente cuando estabas en calzoncillos... Sí, sí, ya te entiendo...

### III

—Si no fuera usted la que me lo contaba no lo creería.

—Pues créalo usted, ¡un escándalo, señora, un escándalo! Un par de pendientes míos, dos cubiertos de plata, una docena de pañuelos, y diez ó doce cartas de Romanones que guardaba mi esposo como oro

en paño... Y no era esto lo peor, sino que desde la primera noche se coló en el cuarto de Manolito... Ya ve usted, ¡con un joven de dieciocho años!... ¡Fíese usted de las criadas piadosas! ¡Buenas joyas tienen las Hermanas! He tenido un disgusto, que le digo a usted...

—Yo, doña Micaela, lo siento en el alma... Mi intención fué buena... ¡Las había oído elogiar tanto!

—Pues que se las quede quien quiera. ¡Esas sí que son enemigos pagados! Prefiero cien veces a la Ramona...

FRAY GERUNDIO

### Lo que me cuentan

Da gusto entrar en las iglesias y ver el lío que se arma con la cobranza del alquiler de las sillas.

(Advertencia importante. Yo no lo he visto, porque no tengo, gracias a Dios, la mala costumbre de concurrir a tales sitios; hablo por boca de un católico.)

Una devota con la silla en lo alto por aquí; otra con ella arrastrando por allá; codazos y pisotones para llegar pronto al sitio elegido.

El arrendatario del impuesto, ó el comisionado por el párroco, haciendo sonar el cepillo de metal para que las beatas comodonas aflojen la mosca, cosa parecida a la que ocurre cuando los tíos esos del oso y el mono se paran en una plazuela y se forma corro a su alrededor.

En suma, que desde que se entra en un templo hasta que se sale, la palabra dinero se declina en todos los casos, entre cepillos, cobranza de sillas, responsos por las almas del purgatorio, misas, bautizos, casamientos, entierros, novenas, etcétera, etcétera (aquí un centenar de etcéteras).

La idea del alma inmateral, de la vida eterna, de todo lo que significa desprecio a la materia desaparece desde que se pone la planta allí, y únicamente se ve lo que recuerda esta palabra: ¡dinero, dinero y dinero!

—Y el que dijere lo contrario, miente.

## Crimen de un clérigo

En el número 557 del periódico *Tierra* (Habana), correspondiente al día 11 de Junio, hallo el relato del crimen de un clérigo, tomado de *El Diario de Panamá*. Dice así:

«En un pueblo del interior de esta república conocido por «Cañazas», ejercía las funciones de ministro de la Iglesia un padrecito nombrado Quirino Ortiz de Zárate. En ese mismo pueblo residía el señor Manuel G. Aponte, anciano creyente, con una sobrina, una niña bastante agraciada y de unos 14 años de edad próximamen-

te. Las relaciones entre el anciano y el padrecito eran cordiales, hasta el extremo de mandarle la niña diariamente a su casa, para ayudar a los quehaceres de la misma.

Por ellos mismos, que les unía estrecha amistad, supo el buen padrecito de almas que el anciano había hecho testamento de su cuantiosa fortuna a favor de su sobrina.

El buen padrecito, ansioso de hacer pronto fortuna en América, concibió un plan infernal, que no titubeó en llevar a la práctica, abusando de la confianza que en él depositara el viejo seduciendo a la niña.

Cuando el tío descubrió que su sobrina se hallaba an cinta y después de haberle hecho confesar de quien era, se rompieron las relaciones de amistad entre ambos, y a partir de ese día se sucedieron frecuentes disputas. No por eso se entibió en lo más mínimo la fervorosa religiosidad en el anciano, pues siguiendo su costumbre, asistía frecuentemente a la Iglesia.

Empero el cura, indignado con la actitud del viejo, y no sabiendo cómo hacer para apoderarse de su fortuna, pues apesar de su avanzada edad y de sus achaques parecía demasiada la espera, ideó inmediatamente eliminarlo.

Una noche, después de decir el sermón, al que asistió el anciano, salió el cura cautamente apostándose amparado por la obscuridad de la noche en lugar apropiado, por donde tenía que pasar el viejo. (En estos pueblos no hay luz ni un simple farol que rasgue las tinieblas de la noche). El cura, parapetado, amparado por las sombras, con todas las facilidades, consumó el hecho asesinando de dos tiros de escopeta.

Muchos vecinos acudieron al oír las detonaciones al lugar del suceso y pudieron ver al padrecito correr aún con su escopeta.

Pero ¡oh qué descubrimiento hizo el cura después de cometido el crimen! El anciano, al enterarse de las relaciones de su sobrina con el cura, la desheredó.

Este monstruo pasó a ser juzgado por un tribunal en la capital de Panamá. Yo mismo asistí por curiosidad al juicio, pues me intrigaban los debates del mismo, aunque desde el primer momento había predicho su libertad, lo que efectivamente sucedió.

Cuando vi que los vecinos que presenciaron el caso eran muchos y que el pueblo en masa lo acusaba, que al parecer no había defensa posible, dudé que lo absolvieran; pero al verlo a él sumamente satisfecho y risueño y hasta con una apariencia de tranquilidad, sin embargo del temporal furioso que se desencadenaba sobre su cabeza, quedé atónito, y hasta dudé que pudiera observarse por la expresión física las emociones internas.

Mas ¡ay! que pronto vino a descifrar este enigma un gran descubrimiento: la influencia del Obispo se notaba allí manifestamente y los \$5 000 (cinco mil pesos que había dado estaba seguro habrían de inclinar la balanza de la justicia; y efectivamente, sin razón de ninguna especie el presbítero Quirino Ortiz de Zárate, fué puesto en libertad, y revestido nuevamente de todos sus atributos eclesiásticos, lo mandan a otro pueblo denominado Santiago, para que pueda continuar su carrera.

En las noticias de *Última hora* se dice que desapareció de Santiago de



Veragua y apareció el día 5 en Cabañas, donde asaltó la casa Aponte, penetrando por el lado del patio de la casa; y que el pueblo, al ver que las señoras Aponte huían gritando por la calle, enterado de lo que acontecía, se arrojó sobre el asaltante, causándole varias heridas, y que á no ser porque el alcalde llegó en tiempo oportuno, lo hubieran lynchado.

El capitán de Policía de Santiago, D. Leonidas Pretell, enterado del caso, puso el siguiente telegrama al jefe de Cabañas:

«Amarre bandido Quirino Ortiz Zárate, y remítalo amarrado á esta ciudad»

Y llegado allí, dispusieron expulsarlo de aquella República y él decidió dirigirse á Colombia.

Buenos ejemplares se dan en España de la especie eclesiástica; pero fuerza es reconocer que no alcanzan nunca la perfección de los de América.

Hay que ser siempre justos, aunque padezca nuestro amor propio de españoles.

## A Cristo

Si en los planes de tu padre celestial entrase ¡oh Cristo!, el que volvieras otra vez á redimirnos, piénsalo bien antes de decidirte.

Y si te dignas seguir los consejos de uno de los pocos hombres que no te han explotado, yo, no vengas por acá, no vengas...

Porque al comenzar tu predicación te meterían en la cárcel *preventivamente*; y ó morirías de hambre y de frío, ó tendrías que apelar al socorrido sistema de anudarte al cuello el cordón de tu túnica, atarlo por la otra punta á la reja, y cabeceando desesperadamente acabar con tu existencia, en silencio, sin escenario, sin gloria...

Abriría un empleado la celda, te encontraría difunto, lo consignaría en una cuartilla de papel, vendría un juez, levantaría tu cadáver, extendería unas diligencias, y á la fosa común contigo.

Tu señor padre podría incomodarse luego, y descargar sobre la cárcel rayos y centellas...

Pero como ahora tienen pararrayos...

## Diezmos y primicias

Agricultores, industriales y cuantos españoles trabajáis y producís... ¡sois unos ladrones!

Y no porque tengáis bienes de la desamortización, que en este caso seríais ladrones por partida doble; sino porque detentáis lo que no es vuestro.

Si lo dudáis, leed el último mandamiento de la Iglesia:

QUINTO: *Pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios.*

Así dice textualmente, sin nota ni aclaración que lo derogue. Y yo os pregunto:

¿Los pagáis vosotros? No. Una simple ley hecha en Cortes liberales, y, por lo tanto impías, y por ende enemigas de la Iglesia, bastó para que os creyéis relevados de cumplir con ese mandamiento, que obliga bajo pena de pecado mortal.

Y como para el verdadero católico no hay ni debe haber ley, respeto ni interés humano superior á las leyes, respetos é intereses religiosos, ¿cómo se entiende esto de no pagar los diezmos y primicias á la Iglesia?

Y no vale decir que el precepto resultaba oneroso, ni que era injusto y mataba la producción al llevarse el diez por ciento, garantía con que hoy se daría por satisfecho todo el que especula.

Ni tampoco vale dar á la conciencia la dedada de miel de que si bien se suprimieron los diezmos, el Estado que se apoderó de los bienes eclesiásticos paga desde entonces al clero un jornal.

Si la Iglesia tenía derecho á percibir los diezmos, nadie debió quitárselo, porque no puede haber derecho contra derecho ni basta legalizar la injusticia para que deje de ser tal.

Pero sobre estas razones hay una decisiva, y es que el mandamiento permanece ahí, en el Catecismo, código del católico y al cual faltan todos aquellos que se escudan tras una ley impía para negarse al pago.

Hay, pues, que restablecer los diezmos y primicias, si no en la ley en las costumbres, y entregarlos religiosamente á la Iglesia, aunque quienes lo hagan tengan que acudir más pronto ó más tarde á las puertas de los conventos á tragar la sopa que volverá á repartirse.

Y si no se hace, que nadie me venga con el cuento de que España es una nación eminentemente católica, ni me hable de fe ni sacrificios, pues le contestaré que es mentira, como lo prueba el que los católicos en untran inmejorables las leyes del Estado que les permiten comprar bienes de la Iglesia ó les autorizan para quedarse con los diezmos que antes pagaba.

Música, y celestial, la más ñoña de las músicas, es eso del car ño y adhesión á la Iglesia. En cuanto hay de por medio un par de reales, el católico más ferviente piensa... en quedarse con ellos.

Y si, como varias veces he tenido el honor de proponer, se cobrasen siquiera 25 céntimos por aficionado, ni diez personas entrarían á oír mi-

sa en cada templo, y de éstas, lo menos nueve acudirían por fines particulares, no por devoción.

Y no se me arguya con que muchas católicas y muchos católicos contribuyen con grandes sumas al esplendor del culto, porque esas mismas son las que dan lustre á las corridas de toros, á las de caballos y á todos los espectáculos públicos condenados por la Iglesia.

Ahora, católicos de buena fe (si es que hay alguno): ¿queréis que no piense así y declare que me he equivocado? Pues pagad desde hoy el diezmo y las primicias á la Iglesia de Dios, en tanto que os preparáis para devolverle sus bienes.

De lo contrario, seguiré sosteniendo que en España no hay católicos, aunque pasen por tales unos respetables señores y unas virtuosas señoras que compran con pesetas ó golpes de pecho en el mercado de la gracia la libertad de pecar.

J. N.

El sentimiento religioso, dicen, es indispensable al hombre para cumplir sus deberes morales.

España es hoy religiosa hasta la médula, y, sin embargo, nunca fué tan inmoral.

Confieso que no lo entiendo, ó que lo entiendo demasiado.

## Tres casos de clericalitis

### I

Trata de establecerse en Ontaneda una comunidad de religiosas de una de las infinitas marcas acreditadas en nuestro hermoso país.

Y se da el caso de que los clericales de aquel pueblo y de todo el valle de Toranzo conspiran y trabajan para impedir que las monjitas se cuelen en Ontaneda, al paso que los no clericales ven con la mayor indiferencia ese asunto.

Se explica la conducta de los clericales, porque ellos se ven amenazados en primer término por los sablazos místicos de las esposas del Señor.

Pero no se explica la actitud de los otros, aun cuando estén firmemente resueltos á no contribuir al sostenimiento de la comunidad; porque aunque ellos no lo hagan directamente, ¿quién tiene en sus domicilios las llaves de la despensa?

¿Cuándo nos convenceremos de que conviene abrir los ojos y cerrar los bolsillos?

### II

Llega á mis manos un recorte de *El Eco de Baruelo* (Palencia), periódico inspirado, dirigido y administrado por el cura párroco de aquel pueblo.



El cual dice con toda la gracia sacerdotal que Dios le ha dado:

«—Mamá, ¿por qué en las cárceles hay más hombres que mujeres? — ¡Toma! Porque en las iglesias hay más mujeres que hombres!»

Muy ingenioso ¿verdad?

Tan ingenioso como esto otro:

—¿Por qué los condenados á muerte en España, con rarísimas excepciones, confiesan y comulgan antes de subir al patíbulo? — ¡Toma! Porque los asesinos en España, con rarísimas excepciones, son católicos, apostólicos romanos.

### III

En Solares se ha entablado una competencia ruidosísima entre los cohetes y las campanas todos los días de fiesta.

Los primeros anuncian el cinematógrafo y su *miajita* de baile en el Casino.

Las segundas llaman á los fieles al rosario.

¿Y qué hacen los fieles?

Pues... dejar que repiquen las campanas y encaminarse devotamente al Casino.

Esto, naturalmente, tiene soliviantado al párroco de Valdeilla, quien, sin pizca de compañerismo, se ha expresado injuriosamente contra el honrado industrial que explota el cine.

Pero éste, que tiene malas pulgas, ha increpado públicamente al párroco, conminándole con proceder más enérgicamente si prosigue en su campaña contra el Casino.

Y... santo remedio. El párroco no ha vuelto á ocuparse del asunto.

Hay que advertir que el del cine es maurista, y que el páter ha debido adivinar un posible mamporro.

¡Cómo se están poniendo los tiempos! ¡Ya no hay mártires!

STONE

Cuando veo que se piden respetos para los curas, no por sus virtudes, sino por el Dios á quien representan, me sonrío irónicamente, pues pienso que están respecto á ese Dios en la relación de categoría que los polizontes de la secreta al ministro del ramo.

Y aun me parece que exagero.

## El Cristo del Castañar

El párroco don Julián, nuevo en su feligresía, de este modo le decía á Vicente, el sacristán:

—Oye una cosa, hijo mío. Yendo hoy reza que te reza por el castañar que empieza del lado de allá del río,

me detuve á contemplar una ermita muy bonita.

¿Cómo la llamáis? — La ermita del Cristo del Castañar.

¡Buena imagen! — No la he visto.

La ermita estaba cerrada.

—Si está casi abandonada.

Aquí no hay fe en ese Cristo.

—¿Que no hay fe? ¡Jamás creí!...

—Yo no sé lo que será, pero la gente no va casi nunca por allí.

La razón únicamente que dan jóvenes y viejos, es que la ermita está lejos y que por allí no hay fuente.

A estos devotos de hogaño les gustaría rezar y tumbarse á merendar á la sombra de un castaño.

—¡Pues es chusca la razón para que á mí me convenza! Eso no es tener vergüenza y no tener devoción.

Y yo por eso no paso. Quiero á la gente cristiana. En la misa de mañana les diré lo que hace el caso.

Estaba llena de gente la iglesia, y el señor cura soltó con mucha dulzura la filípica siguiente:

—Hijos míos, faltaría al deber que me lo ordena, si no dijese con pena lo que siente el alma mía.

Yo no dudaré jamás de vuestra fe, no lo espero. Sois devotos, pero quiero que lo seais mucho más.

Donde una imagen sagrada sobre un altar se levante, allí debeis al instante, acudir con fe probada.

Y yo no he de perdonar una falta que he notado: ¡que teneis abandonado al Cristo del Castañar!

El, con bondad infinita, sufre tamaños desvíos... Es necesario, hijos míos, que visiteis esa ermita.

No les pudo convencer ni excitar su devoción, y oyeron aquel sermón como quien oye llover.

Después de mucho pensar, dijo un tabernero listo:

—«Voy á proteger al Cristo, ¡al Cristo del Castañar.»

Y con marcado interés, casi al lado de la ermita se hizo el hombre una casita en poco menos de un mes.

Mandó en seguida pintar sobre la puerta un letrero que decía: «MERENDERO DEL CRISTO DEL CASTAÑAR.»

Y en renglones desiguales puso debajo: «Hay bebidas y se preparan comidas á precios convencionales.»

Durante cinco ó seis meses aquél sitio retirado era el paseo obligado de todos los feligreses.

Y la ermita antes cerrada todos los días se abría, y nunca hubo romería mejor ni más animada.

Con devoción aparente iba la gente á rezar, y en seguida á merendar y á beber alegremente.

Hacía una fortunita el astuto tabernero y rebosaba en dinero el cepillo de la esmita...

El párroco bonachón se decía para sí:

—«Esto se me debe á mí. ¡Efectos de mi sermón!»

Llegó en esto á averiguar que en merendonas y cenas ocurrían allí escenas impropias de aquel lugar, y el buen cura, acongojado, al punto al alcalde vió y quejoso le contó lo que había averiguado.

El alcalde, hombre severo, no oyó las quejas en valde, y por orden del alcalde cerraron el merendero.

Puso aquel cura ejemplar á los escándalos coto; mas... lo que era de esperar. ¡No ha vuelto á ver ni un devoto el Cristo del Castañar!

VITAL AZA

## El voto de Santiago

¿Fué el rey Aurelio quien por el año 770, y en pago de que le dejasen vivir en paz, se comprometió á entregar cada año á los moros cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo? ¿Fué Mauregato el que estableció tan extraordinario tributo hacia el año 786, como recompensa del auxilio que le prestaran los árabes para hacerse dueño del reino de Asturias? La tradición popular—único fundamento de este hecho—lo mismo culpa á un rey que á otro, sin que los documentos contemporáneos ó los cercanos á este período digan palabra del asunto.

Y así como la fantasía forjó esta leyenda, inventó también la aparición del apóstol Santiago en una batalla; el apóstol cuyo sepulcro se descubrió, «gracias á unos resplandores que de él salían», por los comienzos del siglo IX (814).

Ello es que Ramiro I—rey desde el año 842 hasta el 850—se negó á pagar el tributo de las cien doncellas, y que declaró la guerra al califa Abderramán. Entablado un combate en pueblo cercano á Logroño, los moros propinaron una regular paliza á los cristianos, que se retiraron á un cerro llamado Clavijo. Allí se les apareció el apóstol Santiago al rey y le aconsejó que volviera al día siguiente á la pelea, prometiéndole que él en persona combatiría contra los infieles.

Tan feliz noticia levantó la moral de los derrotados, y al día siguiente se dió la batalla de Clavijo, en la que peleó Santiago montado en blanco corcel. En el campo quedaron la friolera de 70.000 moros.



Firmadas las paces, el tributo de las cien doncellas quedó abolido.

En recompensa de tan precioso auxilio, Ramiro I ordenó—sigue hablando la leyenda—que sus vasallos entregaran cada año á la iglesia de Compostela «sendas medidas del más escogido trigo y centeno y otro cualquier género de grano que sea, según la medida y orden que se tiene en pagar las primicias, y otrosí del vino; lo cual sea para sustentación y mantenimiento de los canónigos que residen en la dicha iglesia». Además, en lo futuro habría que considerar á Santiago como un soldado de caballería presente en todos los combates y entregar á la Iglesia la parte de botín que le correspondiera.

Esto ocurría á mediados del siglo IX. Han pasado diez siglos y medio, y todavía estamos pagando al apóstol el auxilio que prestara, no obstante haberse demostrado que Ramiro I no estableció semejante tributo.

Y hay más. La investigación de los historiadores modernos no encuentra que el tributo de las cien doncellas esté fundado en nada serio y comprobado, y aun llega á sostener que la batalla de Clavijo no la ganó Ramiro I, sino su hijo Ordoño.

Aparte la hostilidad con que se vió siempre un tributo tan oneroso y «prolongado», han sido muchos los eruditos y los investigadores que arremetieron en los siglos XVI, XVII y XVIII contra el voto de Santiago, y no ciertamente sospechosos de impiedad, pues entre ellos se cuentan un padre maestro, dos canónigos, el padre Florez y el jesuita Masdeu.

El documento original de Ramiro no aparece por ninguna parte, y sólo existen copias de él, que suponian al original fechado en 834, cuando Ramiro no empezó á reinar hasta 842. Además firman el documento Urraca, mujer de Ramiro; Dalcio, arzobispo de Cantabria; Pedro, obispo de Iria y Salomón, obispo de Astorga, y resulta que la mujer de Ramiro no se llamaba Urraca; que no ha habido arzobispos de Cantabria jamás, y que no había por aquellos tiempos ningún obispo de Iria que se llamara Pedro, ni ninguno de Astorga que se llamara Salomón.

Y si añadimos que Ramiro firma como rey de León, no habiendo habido reyes de León hasta sesenta ó setenta años más tarde, veremos qué crédito merecen estas fábulas, en las que se fundó una exacción contra la que protestaron los pueblos casi desde la «noche de los tiempos».

Cerca de tres siglos se estuvieron enviando representaciones al Trono para que desapareciera el tributo, y nada se consiguió hasta las Cortes de Cádiz.

En ellas 36 diputados de las regiones que tributaban para el voto de Santiago pidieron su supresión, apoyando la idea los presbíteros Villanueva y Ruiz de Padrón, aprobándose lo pedido por 85 votos contra 26.

La reacción absolutista de 1814 restableció el impuesto, y las Cortes de 1820-21 le derogaron nuevamente.

En 1824 volvió á ser restablecido, y, por último, el Estamento de próceres y de procuradores acabó definitivamente con el dichoso voto de Santiago en 1834.

Sin embargo, aún sigue costándole dinero á la nación todo este embrollo, y al cabo de mil sesenta años figura en los presupuestos una partida que dice: «Ofrenda al apóstol Santiago, 12.318 pesetas.»

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

## Los defensores de Dios

Cuando á cualquier bribón se le antoja que Dios necesita de su auxilio y defensa, no hay quien lo resista.

Según él y los de su calaña, Dios es infinitamente sabio, justo y poderoso; castiga al malo, premia al bueno; nada se le escapa de lo que el hombre piensa, dice y hace; y, sin embargo, creen que si ellos no lo defienden, está perdido.

Y á partir del día en que toma á Dios bajo su protección y amparo, el bribón tórnase más vengativo y cruel que era, y sólo sueña con martirios, hogueras, cadáveres insepultos, familias arruinadas y deshonradas, llevando su crueldad hasta decir que lo hace por amor hacia los que martiriza.

Esto prueba lo que tantas veces he dicho: que la idea de Dios halla eco en todos los hombres que necesitan satisfacer impunemente sus malos instintos.

## DE OTRA PARROQUIA

En las *Memorias* del gran poeta provenzal Mistral, muerto hace poco, se lee este relato:

«Un día el cura de Roquevaire, enojado por la mala conducta de sus parroquianos, subió al púlpito y pronunció un sermón terrorífico.

—¡Habitantes de Roquevaire, gritó; la trompeta del juicio final sonará!... ¡Habitantes de Roquevaire, llegará la hora de pagarle vuestros pecados al Señor! ¡Habitantes de Roquevaire, las puertas del infierno se abrirán ante vosotros!

Conmovidos por el tono y el ademán del cura tanto como por su arenga, los fieles temblaban. Sólo un hombre gordo sonreía al pie del púlpito. Furioso el predicador, se detuvo, y le gritó:

—¿Por qué ríes así? ¿No te hace temblar á tí la suerte de los habitantes de Roquevaire?

Entonces, conteniendo de risa, el bueno del provenzal le contestó:

—Me importa un bledo; yo soy de Auriol.

Auriol era otra aldea inmediata.

## ASI SE HACEN LAS LEYES

Aquel domingo los estudiantes estaban justamente indignados.

La tamalera (1) Na Cipriana se negaba á fiarles, so pretexto de que no le pagaban.

¡Maldita vieja! ¡Tener la pretensión de cobrar en día feriado, cuando en estos tiempos nadie paga ni en los días hábiles!

(1) *Tamalera*. Vendedora de tamales, especie de empanada ó pastel, muy usado en ambas Américas.

Pero la mujer se había cerrado á la banda. «No fio», dijo terminantemente.

Y los pobres muchachos estaban llenos de Historia Griega y de Matemáticas puras y mixtas, pero escasos de recursos, porque en las escuelas no enseñan dónde hay dinero para proveer el bolsillo.

—Pero, señora, le decían, siquiera un tamalito. Se lo pagaremos el domingo próximo.

—Ni la mitad de uno.

—Sea usted generosa.

—¡Pero si ustedes me están debiendo mucho!

—¡Y eso qué importa! Más debe el Gobierno!

—Pues no se cansen, porque no fio.

—Entonces nos la pagará usted á nosotros.

—Bueno; pero déjenme en paz.

Fuéronse furiosos los escolares, pensando de qué manera vengarse de la tamalera, cuando saltó uno de ellos y dijo:

—Hagámosle unos versos burlescos, para que la gente se ría de ella.

—¡Bravo! ¡Magnífico! Manos á la obra, exclamaron todos.

Sacó papel y lápiz el que hizo la moción, se acomodaron en un asiento público y evocaron las nueve musas.

—A ver, exclamó el más listo; comencemos:

Tiene ña Cipriana  
cara de lechuza...

—¿Y ahora, que más le decimos?

—Nariz de tusa...

—No, queda corto ese verso. Hay que buscar uno más largo, que acabe en *usa*.

—Vuelve á leer el principio.

Tiene ña Cipriana  
cara de lechuza.

—¡Ya lo tengo!

—¡Echalo!

Tiene ña Cipriana  
cara de lechuza,  
ojos de guatuzá,  
boca de campana.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—No, no. observó otro, las campanas no tienen boca. Mejor es boca de marrana.

—¡Sí, sí! dijeron varios, mejor es marrana.

—¡Bah! objetó el mayor: las marranas tampoco tienen boca, sino *jocico*.

—No digas *jocico*, hombre, sino *hocico*; con hache.

—Lo mismo es.

—¡Bueno, adelante!

—¿Entonces queda marrana?

—Que quede.

—¿Y eso de guatuzá estará bien?

—A mi me suena mal, porque nadie sabe aquí como son los ojos de las guatuzas.

—Pues se le quita guatuzá y se le pone otra palabra.

—¿Le pondremos alcuza?

—No.

—¿Semifusa? ¿Rusa? ¿Hipotenusa?

—No encajan.

—Buscaremos otro consonante.

—Sería una lástima, porque habría que quitar el *cará de lechuza*, que le viene al pelo.

—Mejor, porque las lechuzas no tienen cara.

—Cierto es. No hay que dar lugar á que nos critiquen. Si se dijera ojos de lechuza, estaría muy bien, porque las lechuzas tienen unos ojos condenados como la maldita vieja tamalera.

—¿Cómo es el apellido de ña Cipriana?

—Nieto.



—Pues busquémosle un consonante á Nieto, para empezar diciendo:

Na Cipriana Nieto

—¿Escueto, esqueleto, vericuetto?

—¿Y el marido, cómo se apellida?

—El marido es Angulo.

—¡Ah! ¡diablos!

—¿Qué hay?

—Se me ha ocurrido un consonante soberbio para el marido.

—No, no hay qué decir barbaridades, porque todo se va echar á perder.

—Pero si no he dicho nada!

—Pero está á la vista.

Na Cipriana Nieto

tiene un vericuetto...

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué se ríen?

—Del vericuetto de Na Cipriana.

—Si no hay formalidad, no se puede hacer nada, caballeros.

—Le pondremos Prieto, para que rime con Nieto.

—Prieto es el apellido del maestro.

—¿Y qué importa! No lo ha de saber don Bertoldo!...

—¿Y aunque lo supiera!

—Se pasa el tiempo y no hacemos nada.

—Yo creo que Nieto debe rimar con esqueleto, que le pega muy bien á la vieja, por lo flaca y angulosa que es.

—¿Pero cómo no ha de ser angulosa, siendo la mujer de Angulo?

—Tienes razón.

—A ver, muchachos, torturad el magin y estudiad el acomodo de Nieto con esqueleto.

—A lá va.

Na Cipriana Nieto,

en pellejo vivo...

es un esqueleto...

—¿Qué más?

—Ustedes dirán.

—¿En qué acaba el consonante?

—En ivo.

—Nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo...

—¿E-tamos declinando?

—Entonces conjuguemos: indicativo, imperativo, infinitivo.

—¡B sta de disparates!

—Estribo

—No.

—Positivo.

—Tampoco.

—¿No se podría cambiar el ivo en iva?

—Para qué?

—Para rimarlo con lavativa.

—Pero si tiene que concordar con pellejo vivo, hombre.

—Cierto.

—R pítase la composición.

—Na Cipriana Nieto,

en pellejo vivo,

es un esqueleto...

—Caramba, ya lo tengo.

Es un esqueleto

con barbas de chivo.

—¡Sublime! Ya no hay que pensar más.

—La copla ha quedado redonda.

—Se presenta una dificultad.

—¿Cuál?

—Que las mujeres no tienen barbas como los chivos.

—A lo sumo algunas tienen bigotes raros, como gatos.

—¡Cáspita! Pero sería lástima estropear la copla.

—Sí, sí, no se puede quitar el barbas de chivo!

—Pero entonces no le pega.

—Se me ocurre una idea.

—Dila.

—Dejenos á Na Cipriana en paz.

—¿Y qué ac'e'ntamos con esc?

—Le soplamos la copla al maestro, que le viene que ni mandada hacer para él.

—Don Bertoldo Prieto

en pellejo vivo

es un esqueleto

con barbas de chivo.

—¡Bravo! ¡Bravo! Así está mucho mejor. Se salvó Na Cipriana, pero en cambio la paga el maestro.

—Y bien me recido que lo tiene, porque siquiera la vieja se dejó ergañar algunas veces, pero al viejo don Bertoldo no le enfiña un demonio.

—¿Pues á sacar en limpio este poema!

Asimismo hacen las leyes nuestros Congresos: se presenta un proyecto y le dan tantas vueltas y revueltas, que, de modificación en modificación, se va metamorfoseando de tal suerte, que cuando llega á ser ley, ya no lo conoce ni el padre que lo engendró.

JACK THE RIPPER

## Una cosa es predicar...

Era el amanecer del miércoles de ceniza. El ambiente frío de la madrugada imponíase al débil calorillo de las amortiguadas estufas; penetraba la luz crepuscular por las claraboyas del salón, sonaban los vertiginosos compases del galop, y las parejas, que ya habían recogido sus abrigos del guardarropa, arrebujados en sus capas ellos y en sus mantones ellas, aprovechaban batiendo el resto del espectáculo.

Julio y yo habíamos hecho una escapatoria del seminario merced á una buena propina que dimos al jardinero para que nos permitiese salir y abriera al regreso la puercecilla del muro del jardín.

El cuarto de sus herramientas nos había servido para cambiar de disfraz, y nos serviría para desvestirnos al regreso. Por esta parte estábamos tranquilos; mas no así en cuanto á ciertos escrúpulos de conciencia que nos asaltaban.

Julio que, como yo, se había quedado sin pareja para el último baile, no porque faltasen señoras, sino porque, como seminaristas, debíamos volver al colegio antes del toque de la mañana y no teníamos tiempo de rematar la fiesta del modo que, según indicios, se disponían á hacerlo la mayor parte de los concurrentes, se acercó á mi resintiéndose un poquillo de los efectos del ambigü, y, con acento lacrimoso filosófico, me dijo:

—¡Parece mentira! ¡Qué locos como! ¡En plena cuaresma ya, y haber estado bailando hasta ahora! ¿Qué diría el catedrático de Moral si lo supiera? ¿Recuerdas el sentido discurso que nos dirigió esta mañana?

—Sí, hombre, sí; me acuerdo. Pero déjame en paz.

—¿A que no te acuerdas? dijo medio tambaleándose.

—No seas pesado, hombre. Me acuerdo perfectamente; te lo podría recitar palabra por palabra.

—¿A que no?

—Verás:

«Hoy termina, afortunadamente, esta fiebre de locura que se llama Carnaval. La última campanada de las doce será la señal de otro período de abstinencia y recogimiento. Mañana nuestra Santa Madre la Iglesia impone la sagrada ceniza á los fieles para demostrarles cuán fugaz es la humana existencia, cuán míseros y cuán vanos los mundanales desvanecs; y, sin embargo, olvidándose esta noche...»

—De lo que dice el catedrático de Moral, quiero tomar ahora las últimas copas. Anda, vamos adentro—me interrumpe Julio.

Y entramos al ambigü.

La única mesa ocupada era una situada en un rinconcito, donde dos máscaras de distinto sexo charlaban y bebían á más y mejor, sin cuidarse de que ya los dependientes habían apagado la mayor parte de las luces y esperaban con impaciente gesto que se marchasen á aquellos parroquianos para retirarse á descansar. Comprendiéndolo así, pedí tan sólo unas copas de cognac, en vez de una botella de vino que Julio quería.

Interin nos servía el mozo, escuché atentamente á nuestros vecinos, y al cir la robusta voz del galán, tapé la boca del antifaz de Julio, que pretendía hablar, diciéndole al oído:

—¡Chis! ¡calla! ¿No conoces esa voz?

—No es nueva para mí.

—Ni para mí tampoco. ¿Sabes de quién es?

—Me parece... me parece... Pero ¡qué disparate iba á decir! ¿Como estoy así algo alegre!... Pues no se me había figurado que era... ¡Vamo! No te lo digo, porque te vas á reír.

—Habla. ¿Quién piensas que es?

—El catedrático de Moral.

—Lo mismo creo yo. Pero escuchemos,

—¡Vaya una tontería!—decía ella.—¿A qué estar con las caretas puestas?

—Sin embargo...—respondía su acompañante.—La prudencia nunca está de más. ¿Quién dice que tu marido?...

—¡Bah! ¿Quién piensa en eso? E tará durmiendo á pierna suelta. Precisamente le dije que iba á aco tarme porque tenía un calenturón terrible. Quería llamar al médico, pero yo... ¡Ea, fuera caretas—añadió, quitándose la suya y airancando la de su compañero.

Entonces ya no nos cupo la menor duda. Era él, el mismísimo don Silverio, el acérrimo impugnador de los bailes, el apologista entusiasta de la virtud, el detractor del vicio y otras presbiteriadas.

\*\*\*

Lo más atentamente posible nos advertió á todos un mozo que era hora de desalojar el local, y así lo hicimos.

Al salir seguimos á respetable distancia á don Silverio y su acompañante, y los vimos entrar por una puerta que, ó sus guardianes habían madrugado mucho para abrirla, ó se habían retrasado para no cerrarla en toda la noche.

¿Qué objeto pudiera llevar allí á nuestro catedrático, ni cuánto tiempo permaneció en ella? Lo ignoro. Ello fué que volvimos al seminario, nos acostamos hasta la hora ordinaria de levantarse, y á las diez asistimos á los oficios.

Aquel día había capilla pública, y don Silverio era el encargado de aplicar la conmemorativa ceniza á los fieles.

Entre los que se acercaron á la barandilla del presbiterio vi á la pareja de nuestro catedrático acompañada de un caballero de aspecto bonachón y candoroso.

Cuando éste se arrodilló para recibir la sagrada ceniza, Julio murmuró á mi oído con maliciosa intención:

—¡Mira, mira; ahora le está poniendo en la frente al marido la consagrada ceniza! ¡Santo varón! ¡Dios le ampare! Y ahora la emprende con ella.

Y, efectivamente, en aquel momento nuestro catedrático aplicaba el dedo lleno de ceniza á su excompañera de baile con las litúrgicas palabras: *Memento mulier, qui pulvis, et c.*

Una cosa es predicar...

## Mi paso por la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

Jos Nakens



## Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

ramente separada de trato con mugeres.»

Sospecho que este cánón se dictó sin ánimo decidido de llevarlo á rajatabla. Dada la afición del clero de entonces á las hijas de Eva, debió ser aplicado con cierta lenidad y blandura; y lo prueba el que no se encontraron los fieles sin sacerdotes para sus necesidades espirituales, como hubiera ocurrido si se cumple inexorablemente.

El 6.º «mira como absolutamente ajenos de las funciones eclesiásticas á todos los Clérigos culpados de usura ó de otra vil ganancia.»

Voy creyendo, por las veces que los Concilios tronaban contra los usureros, que los clérigos que á tal industria se dedicaban, no les hacían maldito el caso. Verdad es que el trato con señoras y el comer y beber en las tabernas debían agotar sus recursos, y necesitaban reponerlos por cualquier medio.

CONCILIO DE ARLÉS, *Arelatense*, año de 443.

El 3.º «prohíbe sólo pena de excomunión á los Diáconos, Sacerdotes y Obispos, tener en su casa otras mugeres que no sean sus abuelas, madres, hermanas, hijas, sobrinas, ó sus propias mugeres convertidas; que es decir, sus mugeres que hayan prometido guardar castidad.»

No creo que este cánón disgustara mucho á los sacerdotes. Hasta los miseros mortales sabemos lo de enojables que son las promesas tratándose del tercer pecado capital. Permitirles tener sobrinas ó mujeres propias convertidas, más bien acusaba el propósito de cubrir las apariencias, que el deseo de imponer la castidad.

El 4.º «prohíbe á los Diáconos, Sacerdotes y Obispos introducir en sus moradas mugeres jóvenes, ya sean de condicion libre, ó esclava.»

Ignoro hasta qué edad se consideraría entonces jóvenes á las mujeres. Si no era más que hasta los veinticinco, todavía les quedaba margen á los sacerdotes para introducir en sus casas sin contravenir este cánón, á las de veintiséis á cuarenta, entre las cuales habría muchas hermosísimas, como las hay ahora.

El 7.º «prohíbe la entrada en el Clero á los que se mutilan con pretexto de que no pueden resistir á las tentaciones de la carne.»

No comprendo el objeto que se

propusieran los Padres del Concilio al dictar este cánón. Si trataban de evitar á toda costa que los sacerdotes faltasen al 6.º mandamiento de la ley de Dios, antes que impedir aquella decisiva y eficaz operación, debieron, si no imponerla, alentarla por lo menos

CONCILIO DE CALCEDONIA, *Chacedonense*, año de 451.

El 18 «castiga con deposición y excomunión á los Eclesiásticos y Monges que traman conjuraciones, y forman intrigas contra sus Obispos ó sus cohermanos.»

El ¿quién es tu enemigo? ¿el de tu oficio?, se ve que hacía ya de las suyas entre los curas y frailes del siglo V. En esto únicamente la forma de expresión ha variado. Los conventos y sacristías de hoy demuestran que sigue virgen de cumplimiento este cánón.

CONCILIO DE SAN PATRICIO, *Patricii*, año de 451 ó 456.

El 9.º «prohíbe todo trato sospechoso entre los monjes y las vírgenes, y no quiere que se alojen juntos en una misma posada, ni que anden por los caminos en un mismo carro.»

No hay voto que resista al traqueteo de un carro lleno de vírgenes y frailes, y menos teniendo en perspectiva el alojamiento en común, y en una posada. Al día siguiente alguna de las dos entidades podría verse obligada á renunciar á su denominación. Por lo tanto considero muy acertada esta prohibición.

El 31 decide, «que se mire como homicida y excomulgado al Clérigo que se va de otro para matar á su enemigo.»

Creía yo que este procedimiento únicamente lo habían empleado reyes, emperadores y papas en la antigüedad, y en los tiempos presentes los tiranuelos de América y los caciques de España, mas ahora veo que también apelaban á él los clérigos del siglo V. La lectura de cánones contribuye poderosamente á la ilustración del hombre, sobre todo en todos los puntos que se rozan con la criminología.

CONCILIO DE VANNES en Bretaña, *Venetense*, año de 465.

El 12 «prohíbe á todos los Clérigos ir á comer con los judíos.»

Muy bien hecho; aparte de lo del deicidio, había que precaver las contiendas que pudieran promoverse si á los convidados se les antojaba comer tocino, y los anfitriones se negaban á dárselo por no contradecir su Ley.

El 13 es contra la embriaguez, y «dispone que el Clérigo que incurre

en ella, sea separado de la comunión ó castigado corporalmente.»

Justa medida fué: un clérigo borracho podía olvidarse de echar agua en el cáliz al decir misa, y en este caso la consagración no hubiera resultado con todas las de la ley. Además podía ser causa de que algún alma se condenase por su culpa si al avisarle para auxiliar á un moribundo no pudiese acudir á tiempo por estar durmiendo la mona.

SIGLO VI

CONCILIO DE AGDE en Langüedoc, *Agahense*, año de 506.

El 4.º «excomulga, como á homicidas de los pobres, á los Clérigos ó legos que retienen los legados piamosos.»

Pueden envanecerse cuantos hoy hacen lo mismo, de la antigüedad de su estirpe; como los pobres de ahora consolarse pensando que ya en el siglo VI despojaban los clérigos á los pobres de entonces. Sólo que ahora no se les castiga como homicidas, ni por ladrones siquiera.

El 10 y el 11 «prohiben á todos los Clérigos tener en su casa otras mugeres que no sean sus madres, hermanas, hijas ó sobrinas, y criadas ó libertas que vivan en la misma casa.»

Repito lo que he dicho ya: permitiéndoles tener libertas, criadas y sobrinas, la prohibición no les sería muy sensible, pues se echarían esta cuenta: «Cuando no tengo lomo, tocino como». Y no me atrevo á suponer que alguno que otro no se agarrase á este otro refrán: «el que no tiene más, con su madre se acuesta.»

El 28 «manda apartar los Monasterios de las mugeres de los de los hombres, para evitar las tentaciones del demonio, y las murmuraciones de las gentes.»

El demonio es el mismísimo diablo; se aprovechaba de que estaban cerca, para incitarlos á pecar. «Al fuego junto á la estopa, se diría, solo le falta que yo sople para reducir á cenizas el voto incumplible.» Y soplaban. Así las gentes murmuraban luego por prudentes y tolerantes que fuesen.

CONCILIO DE TARRAGONA en España, *Tarraconense*, año de 516.

El 1.º «ordena que los Eclesiásticos ó Monges á quienes se permite asistir á sus parientes, y les suministren lo necesario, puedan ir á visitarlos; pero sin detenerse mucho en su casa, y llevando consigo una persona de edad, y de acreditada conducta, que presencie sus acciones»

Por lo que se ve, abundaban los

(Continuará.)



# LOS JUDÍOS

FOR

ROBERTO ROBERT

ellos por su valer, sino para que á propósito de esa raza resplandezcan los nobles sentimientos y la cristiana piedad de los tiempos remotos; de aquellos tiempos de espíritu cristiano, desprendimiento y vivo celo por la causa de Dios y la justicia.

Cuando un piadoso obispo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo mandaba quemar vivo ó sacarle los ojos á un cristiano, entonces...

Pero como eso de sacar los ojos no lo hacían los judíos, pertenece á otro capítulo que á su tiempo verá el curioso lector.

\*

\*\*

Los legisladores comprendieron el inmenso y seráfico placer que los hombres amantes del verdadero Dios habían de encontrar matando judíos, y pusieron ese goce al alcance de las personas menos acomodadas.

El más humilde siervo cristiano que saliese un domingo á paseo con su mujer y su hijo y doce maravedís en el bolsillo, podía recrearse matando tres judíos, sin ofensa de las leyes ni de las buenas costumbres. Yo me los mato, yo me los pago, y asunto concluido.

Ahora, en estos tiempos de perdición, la muerte de un judío, de uno sólo, cuesta un ojo de la cara, y las clases pobres se ven privadas de aquellos honestos desahogos que unas leyes sabias y justas proporcionaban á sus dichosos antepasados.

\*

\*\*

El entretenimiento de matar judíos se hizo común; pero deseando algunos hombres mansos de corazón, pero entusiastas de Jesús, dar una prueba del celo que les enardecía, organizaron con todo orden una fiesta de degollación y quema, y en efecto, el día 14 de Agosto de 1108 inauguraron las degollinas al por mayor, y en la imperial Toledo pasaron á piadosa sangre y á bienaventurado fuego las vidas y las haciendas de los desalmados judíos allí residentes.

El humo subió á los cielos ni más ni menos que el del incienso, entre los tardíos ayes de los falsos sacerdotes acuchillados al pie de los altares; y todas las joyas y prendas de valor que eran escandaloso adorno de las sinagogas y de los hogares de los acaudalados asesinos del Mesías, pasaron á ser gloriosa posesión de los católicos castellanos que ha-

bían purgado la tierra de aquellas fieras.

\*

\*\*

Tal era el envidiable sentir de aquellos tiempos.

Las leyes estaban perfectamente de acuerdo con los sentimientos de los súbditos.

¿Quería el rey dar un premio á algún cristiano? Pues los judíos se lo habían de pagar.

¿Se fundaba un privilegio cuyo establecimiento costase dinero? Pues los judíos lo pagaban.

¿Señalaba el rey una pensión? ¿Había que aumentar los tributos? Pues sobre los judíos.

Por vivir en tal pueblo, tributo; por pasar por tal sitio, tributo; porque la corona quiere obsequiar á un grande, tributo.

\*

\*\*

Escoto, el celeberrimo teólogo llamado sutil por antonomasia, asentó resueltamente que todo príncipe tenía derecho para coger los hijos de los judíos y bautizarlos, y aun á bautizar á los padres mismos.

«¿Qué importa, exclama, que en el fondo de su corazón sean cristianos? Peor es consentirles practicar su religión que prohibírsela. Al fin y al cabo si se educa bien á esos niños, á la tercera ó cuarta generación podrán ser buenos cristianos.»

Y yo lo creo también: y sería cosa de regocijo universal ver á los de la tercera ó cuarta generación impulsados por la fe católica, perseguir sin piedad á sangre y á fuego á los sectarios de la religión de sus abuelos.

¡Que no haya uno podido gozar de tan sublime espectáculo!

\*

\*\*

Y ya que encuentro la cita hecha en un autor moderno, voy á extraerla, acomodándola á nuestras piadosas creencias.

El mal está, dice Escoto, en que San Pablo dijo que los judíos se convertirían al fin de los siglos; conviene, pues, no hacerlos á todos cristianos y dejar algunos por convertir, á fin de no dejar mentiroso á San Pablo.

¿Cómo nos compondremos, pues, para hacer cristianos á esa canalla sin poner impedimento á que se cumpla la profecía?

«Reléguese (dice) un corto número de judíos, machos y hembras, á una lejana isla, permítaseles profesar su religión, y al fin de los siglos se les encontrará en el estado que há menester la profecía para que pueda cumplirse.»

\*

\*\*

Sucedía, entonces...

¿Por ventura, piadoso lector, no

has tenido noticia de que pocos años atrás solía correr de cuando en cuando la voz de que del hogar paterno había desaparecido un tierno niño, robado por algun francés, con objeto de quitarle el sebo y engrasar con esa católica sustancia los rails de nuestras vías férreas?

Esas voces resultaron siempre ser falsas ó inventadas por los demagogos, enemigos del orden, porque con el orden, que es el verdadero progreso, ellos no pueden eternizar las supersticiones que les sustentan, quiero decir, las teorías descabelladas.

Pero da la casualidad de que en aquellos felices tiempos, de cuando en cuando corría también la voz de que del católico hogar había desaparecido un niño, robado por algún judío, con objeto de celebrar la Pascua, comiéndole el corazón á guisa de antropofágica eucaristía.

\*

\*\*

Pero, así como ahora sabemos que lo del francés y lo de la grasa del ferro-carril es falso, porque carecemos de aquella ardiente fe, virtud sobrenatural que debería enseñarnos á creer lo que no vemos, entonces, la piedad cristiana sabía de cierto que lo del robo de niños pascuales era indudable; y en llegando la celebración de esa fiesta, como una madre se asomase á la puerta de la calle para llamar á voces á su chiquitín inmediatamente el pueblo católico adivinaba que los judíos lo estaban saboreando, y atento á su deber, se lanzaba en busca del niño por las casas de los judíos; sólo que con la turbación y el deseo de encontrarlo, niño le parecían las alhajas, niño las joyas, y todo se lo llevaba para entregárselo á la madre, hasta que vuelto en sí reconocía que equivocadamente se había llevado oro y piedras preciosas, y aunque volaba á devolvérselas á sus dueños, ya no podía ser, porque con los empujones y el barullo y mil accidentes involuntarios, resultaba que los judíos de aquel lugar habían muerto á puñaladas y hachazos, otros habían perecido abrasados en sus casas por no haber tenido cuidado con la lumbre, dejando á veces en la miseria todo un barrio.

\*

\*\*

Y eran tan bondadosos aquellos cristianos, que iban á los cementerios á desenterrar los cadáveres de los judíos y les registraban los bolsillos, por ver si hasta la sepultura se habían llevado bienes terrenales que les dificultasen la ya difícil entrada en el paraíso, requisitos pia-

(Continuará)

IMPRESA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS,  
MONSERRAT, 7.—MADRID.